

J. Marías (1987). *La felicidad humana*. Madrid: Alianza Editorial.

Ildefonso Rodríguez Alcalá^a

Todo lo que tuviera que ver con lo humano estaba considerado por Julián Marías como objeto de estimulación del pensamiento. Acostumbrado por los vaivenes de su vida a mostrar valentía y arrojo, esta circunstancia también se vio reflejada en su filosofía, en sus reflexiones, y por ello se comprometió a investigar y a tratar de comprender conceptos tan esquivos e inaprehensibles como el de *felicidad*. El propio filósofo español se encarga de poner sobre el tapete de la disertación especulativa la dificultad de acercarse a algo tan inmaterial y pluridimensional como la felicidad. “Es una de las grandes ausencias”, escribe Marías, en el pensamiento universal, “una cuestión que se rehúye sistemáticamente” debido a su condición de “no cosa” y por lo tanto de su complejidad. No se trata de algo material, que se pueda me-

dir, tocar, meter en un tubo de ensayo. No es observable a simple vista y está llena de ingredientes dramáticos que tienen que ver con las vidas particulares de los seres humanos. Marías se atreve incluso a afirmar que el pensamiento no ha solido acercarse a ella con pretensiones de análisis porque “no ha sido importante a lo largo de la historia”. Lo ha sido en estos tiempos, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando la felicidad cotidiana ha cobrado sentido y ha significado un estímulo para el ser humano.

Sin embargo, el pensador castellano no esquivo la cuestión y desde sus primeros escritos ya pretende enfrentarse a la tamaña tarea de “saber a qué atenerse” cuando hablamos de la felicidad. Resuena fuerte en nuestra filosofía una de las definiciones con las que Marías

^a Doctor en Filosofía, profesor de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.
E-mail: ildefonso.rodriguez@ucv.es



trató de iluminar este concepto abstracto: “La felicidad es el imposible necesario” para el ser humano. Desde este punto de partida ya podemos discernir la paradoja y la dificultad que entraña enfrentarse a ella como concepto. Por un lado, algo imposible de alcanzar, por otro, algo imposible de renunciar.

Julián Marías no pretendió quedarse en dos pinceladas intelectuales y una sonora definición sobre este concepto. En sus libros sobre el ser humano, sobre la vida humana y la persona, dedica un espacio a vincular la felicidad con el Hombre y la supina importancia que esta tiene en su día a día, en su “quehacer cotidiano”. Tampoco se contentó con eso. En una edad tan avanzada como los 73 años, Marías seguía dándole vueltas a lo que la felicidad significaba para el ser humano y por ello dio un curso de treinta lecciones exclusivamente dedicado al discernimiento de esta cuestión. Esas treinta lecciones sobre la felicidad quedaron reflejadas en un profundo y enjundioso libro, *La felicidad humana*, una obra que, por otra parte, una vez leída, seguro que contribuye a acercar al lector a aquello que pretende describir.

El libro de Julián Marías constituye todo un tratado de antropología al considerar la felicidad una dimensión humana y constituye uno de los apéndices de aquella magna obra inaugural de la etapa de pensamiento más importante del filósofo de Valladolid: *Antropología metafísica*, de 1970.

Es tan importante la felicidad en la vida del hombre que para Julián Marías todo lo que hacemos lo hacemos “con el propósito de ser felices” y por ello considera que la felicidad afecta al núcleo íntimo de la vida, no a la vida en abstracto o a la vida como concepto general sino a la de cada cual, a la de cada uno de nosotros en particular. Por ello una de las ideas con las que Marías ilustra su reflexión es la de que en medio de una guerra o de la miseria y pobreza generalizada hay personas que pueden ser felices.

El concepto de felicidad es complicado de entender y de definir porque, efectivamente, cada persona es feliz a su modo. El problema de la felicidad estriba en que “cada hombre necesita para ser feliz cosas diferentes y entiende por ser feliz usos distintos”. Incluso cada época histórica ha tenido sus esquemas concretos de lo que se necesitaba para ser feliz.

En una de sus arriesgadas, pero lúcidas, afirmaciones, el que fuera galardonado con el premio Príncipe de Asturias de Humanidades se atreve a afirmar que la felicidad no es natural. Y no lo es porque no nos viene dada en la vida, sino que hay que hacerla, hay que construirla. Para conseguirlo tenemos que imaginar, pensar, razonar, elegir y realizar. Tareas cotidianas, pero nada fáciles de llevar a cabo. Por este motivo, otra de las definiciones mediante la cuales Marías en este libro pretende conceptua-



lizar la felicidad es que la “realización de la pretensión y ésta es compleja y múltiple”. Por eso considera Marías que el ser humano anda “casi siempre descontento”. Como apuntamos al inicio de este análisis, afirma rotundamente que es imposible alcanzarla porque además de la dificultad de construirla, el ser humano está sometido constantemente a la presencia del azar en su vida, al elegir unas opciones rechazamos otras que ya no podremos volver a retomar. A Marías siempre le sorprendió “la impresión de infelicidad, traducida con frecuencia en mal humor, de personas con muchos éxitos”. Sin duda la felicidad se convierte con frecuencia en algo etéreo, volátil y complicado de entender.

Para tratar de comprenderla, Marías señala que la felicidad, al igual que el hombre, es “futuriza”, tiende hacia el futuro, se proyecta hacia él. Es prospectiva. Somos felices en tanto lo vamos a ser en el futuro y el futuro es inseguro, por ello lo es también la felicidad.

Marías dedica un apartado a la investigación de los métodos para poder investigar algo tan sutil y evasivo como la felicidad. En primer lugar, nos señala la experiencia propia debido a que la felicidad es una de las instalaciones desde las cuales partimos en nuestra vida y que le dan una tonalidad a esta en ciertos momentos. Es lo que tiene que ver con la expresión: “Soy feliz, me encuentro feliz”. Pero esto no basta, puesto que debemos también atender los puntos de vista de los demás para poder acercar-

nos a la verdad, a la objetividad del concepto. Para ello Julián Marías señala a la ficción como un método útil y entretenido, es decir, a través del cine y la novela podemos ver a otras personas siendo felices, viviendo felices y conocer cuáles son las causas de tal estado de felicidad o en su caso, de infelicidad.

“Los supuestos vigentes” es otro de los métodos de conocimiento. Es importante lo que en cada época se considera importante para ser feliz, pues cada tiempo ha tenido sus propias vigencias sociales en las cuales se pautaba lo que una persona necesitaba para alcanzar la felicidad. Por ejemplo, apunta Marías, en nuestra sociedad la vigencia consiste en que es feliz aquel que tiene mucho dinero.

Llegado este punto, el filósofo español realiza un profundo análisis histórico descriptivo en el que nos explica en qué ha consistido la felicidad a lo largo de la historia y para las diferentes escuelas de pensamiento. Desde la *eudaimonía* aristotélica y la *makaría* platónica, las reflexiones de Julián Marías nos llevan a la autarquía, el estoicismo, la ataraxia, la *felicitas* y la *beatitudo* romanas, las bienaventuranzas cristianas, el pesimismo vital de Descartes y Pascal, el pseudobudismo de Spinoza en cuanto a su rechazo del deseo, el espiritualismo de Leibniz y el amor como ingrediente inseparable de la felicidad en la mística cristiana.

No se olvida del utilitarismo inglés como método fallido de medida de la



felicidad al promover que las acciones son lícitas o ilícitas en la medida que tienden a promover la felicidad o su contrario o nos reportan más o menos riqueza material.

Esta cuestión da pie a Marías a diferenciar la felicidad de otros conceptos que muy a menudo se vienen confundiendo con ella, como pueden ser los de bienestar, placer y diversión, lo que para Marías constituye un reduccionismo. No se deben confundir la felicidad y el bienestar debido a que lo segundo es un estado de ánimo y que por lo general lo que busca es la estabilidad, la seguridad de un estado inmutable. Pero precisamente la vida humana es dramatismo, movimiento, inseguridades y por lo tanto, si solo buscamos el bienestar, nunca lograremos ser felices porque efectivamente la vida consiste en lo estimulante, el riesgo, la sorpresa. Para Marías el azar es “una potencia fabulosa, liberadora, que destruye los planes y devuelve la libertad”.

En la actualidad, el ser humano suele confundir el placer con la felicidad y quizá en esta confusión estribe parte de la falta de sentido de la vida que muchos hombres padecen. El placer resulta algo psíquico, sensual, agradable a los sentidos pero que no abarca más allá del culmen momentáneo. Satisfecho el placer de corte hedonista, no reporta nada a nuestra pretensión a nuestro proyecto de vida. Por el contrario, la felicidad sí que abarca todas las dimensiones del ser humano y forma parte de nuestro pro-

yecto vital. En ocasiones, alcanzar la felicidad requiere sufrimiento por parte del ser humano, sacrificio para alcanzar nuestros objetivos vitales. Cuando somos felices lo somos en todo momento, estamos instalados en la felicidad y eso repercute en el tono y el temple de nuestro quehacer cotidiano. Es similar a cuando una persona está enamorada, no puede dejar de estarlo porque es otro modo de instalación. Sin embargo, hoy en día “el que no tiene placeres frecuentes, cotidianos, múltiples, se considera privado, despojado de ellos y por tanto descontento y con la impresión de injusticia”.

En cuanto a la diversión, Marías la considera muy alejada de la verdadera felicidad puesto que la considera una “suspensión de la vida real”. Se trata, pues, de una anulación momentánea de la pesadumbre que en ocasiones genera lo cotidiano. Uno va al cine, comenta Marías, “y deja en la puerta, como si fuera un paraguas, su vida real, con sus preocupaciones y entra en unas vidas ficticias que le entretienen y le hacen olvidarse de sus problemas”.

Marías recoge de su maestro Ortega y Gasset el concepto de “ocupaciones felicitarias”, que describe como aquellos “quehaceres” a los que “se entrega el hombre por su propia voluntad porque le producen placer, porque son una delicia” y que por lo tanto contribuyen a su felicidad. El filósofo de la escuela de Madrid realiza en este libro un estudio sobre cuáles han sido históricamente



esas ocupaciones, destacando entre otras el deporte, las fiestas, la música, los espectáculos, el cine, la lectura y el trato con el otro sexo. En ellas ocupamos un tiempo propio y verdaderamente personal y esa es la clave de que nos aporten felicidad en nuestra vida. Sin embargo, Marías advierte de un peligro: la falta de imaginación, de deseo y de proyecto vital para saber cuáles de estas ocupaciones pueden contribuir a mi felicidad.

Y si no es placer, ni diversión, ni un estado de ánimo, ni una realidad psíquica o social, ni se identifica plenamente con estas ocupaciones que nos “hacen” felices, entonces ¿en qué consiste? Marías insiste en la idea de que se trata de una instalación en la vida personal y biográfica. Y lo es porque “afecta a esa operación unitaria que es vivir y por eso le pertenecen los atributos o caracteres de la vida misma”. Porque para Marías hay una pretensión intrínseca de perduración en la felicidad, aunque esta falte. “Ser feliz es pretender seguir siendo feliz. Estoy instalado en la felicidad, aunque sepa que no va a durar”. Cuando una persona es feliz su vida entera queda transfigurada, transformada y las cosas adquieren un sentido nuevo.

Además, se trata de una instalación de carácter vectorial. Esto significa que la felicidad no tiene nunca la misma intensidad ni la misma orientación a lo largo de una vida y que está compuesta de una pluralidad de dimensiones. Este ser vectorial provoca que la felicidad sea “algo” que “acontece”, es decir, que

crece o mengua en grados de intensidad variable y en diferentes direcciones. “Se abren caminos de felicidad o se obturan y cierran. “Es la vida misma la que va buscando sus caminos y si uno se corta, inventa otros que hagan posible la felicidad”, escribe Marías. Por ello afirma que la felicidad tiene un carácter argumental y dramático. Es argumental puesto que vivir consiste en hacer proyectos para mi vida, la proyecto antes de vivirla y en la medida que se cumplan esos proyectos seré feliz o infeliz. Según Marías la felicidad afecta al argumento de la vida incluso antes de que se realice, ya que considera que “existen vidas bien o mal planteadas previamente a la respuesta de la circunstancia”. Por ello la imaginación es tan importante para ser feliz, porque funciona como un bosquejo de la felicidad. Además de argumental, la felicidad tiene un carácter dramático porque la “hace” alguien o le pasa a alguien como tal, a una persona que se afana en ser feliz.

Marías señala a las personas como una de las mayores fuentes de felicidad para el ser humano porque a su juicio la personalidad se construye en convivencia y para que alguien nos aporte felicidad, asegura Marías, hay que tratarlo como persona y no como cosa. El grado de felicidad de alguien se puede medir de forma más auténtica por los amigos que tiene, por ejemplo, que por el dinero que atesora. Y un amigo es aquella persona a la que conocemos tanto que “llega a ser única e insustituible y entonces es la



mayor fuente de felicidad”. El sustrato de esta idea es la condición amorosa del hombre. Pero, atención, Marías advierte de que querer ser feliz tiene sus riesgos, y al igual que las personas constituyen la fuente de nuestra felicidad también lo son de la infelicidad porque la vida humana está compuesta de “riesgo e inseguridad”.

Si el ser humano, para Julián Marías, se divide debido a su condición sexual en varón y mujer, también considera que la felicidad tiene dos versiones, la masculina y la femenina y a cada una de ellas dedica un capítulo entero en esta obra. Para el varón apunta que son importantes para alcanzar la felicidad la valoración correcta de la masculinidad, su vocación profesional o su relación con la mujer. En cambio, para esta la clave de la felicidad se encuentra en “sentirse comprendida, estimada, admirada y sobre todo amada”.

Pero en ambos casos lo que tiene muy presente Julián Marías es que la felicidad es inseparable del sentido de la vida, pues en un gran número de ocasiones la pérdida del sentido de la vida, su interpretación, viene aparejada con la pérdida de la felicidad personal. Las preguntas relacionadas con esta cuestión abarcan la totalidad y unicidad de nuestra vida: ¿qué necesito yo para ser

feliz?, ¿qué voy a necesitar siempre?, ¿qué me impide la felicidad?

Precisamente una de las respuestas a esta última cuestión es la de la muerte. Al ser el hombre una criatura mortal, el horizonte de la muerte siempre se interpreta como un tope insuperable. Aparece como una línea que cierra la perspectiva ¿Cómo podemos ser felices si estamos seguros de que moriremos algún día? Pero según Julián Marías no existe razón alguna para que el ser humano deje de proyectar. “Queda en pie la proyección ilimitada que pertenece a la vida biográfica como tal. La vida es una estructura abierta que postula la inmortalidad”. Marías distingue la muerte biográfica y la muerte personal porque quien “yo soy” consiste en pretender ser inmortal. Según apunta Marías en este libro, nadie puede estar seguro de que con la muerte terminará absolutamente su realidad. “Si no se cuenta con esa esperanza, la felicidad no puede ser más que momentánea”.

Por eso el filósofo nacido en Valladolid dedica un capítulo entero de la obra a la importancia que tiene en la vida del ser humano que sea capaz de imaginar cómo puede ser esa vida perdurable, esa vida más allá de la muerte y describe como ejemplo paradigmático el del cristianismo.

